

Antologías de la poesía colombiana

La generación desencantada de Golpe de Dados: los poetas colombianos de los años 70. James J. Alstrum (selección y estudio). Bogotá: Universidad Central, 2000.

12 poetas colombianos. Luis Iván Bedoya (selección y prólogo). Medellín: Otras Palabras, 2000 (= *Interregno*, X, 13).

[*24 poetas colombianos.* Luis Iván Bedoya (selección, presentación y notas). Medellín: Hombre Nuevo, 2001].

Inventario a contraluz. Antología de una nueva poesía colombiana. Federico Díaz-Granados (selección y prólogo). Bogotá: Arango Editores, 2001.

Antología de la poesía colombiana. Rogelio Echavarría (selección y prólogo). Bogotá: Ministerio de Cultura, El Áncora, 1997.

Poesía colombiana. Nuevas Voces de fin de Siglo. Juan Revelo Revelo (selección y prólogo). Bogotá: Epsilon, 1999.

Desde que Darío Jaramillo Agudelo publicara, hace diez años, en la *Historia de la poesía colombiana* (Bogotá: Casa Silva, 1991), su insuperado estudio sobre antologías poéticas en Colombia, aparecieron, a un ritmo cada vez más acelerado, por lo menos una docena de nuevas recopilaciones de la producción lírica del país. El fin de siglo y a la par el fin de milenio parecen ser motivo y ocasión para hacer balances también en este campo cultural. Pero, para anticipar una conclusión de la lectura de nuestra selección de esta oferta, el gran número de intentos de reducir el fenómeno poesía colombiana (nueva) a una muestra en forma de libro, no va de la mano con una claridad sobre la pregunta de dónde viene y hacia dónde va este género literario. Los que emprenden la

labor de seleccionar y prologar, por lo general se mueven a tientas en un maremágnum de textos y poetas. La tan acostumbrada y útil —pero, para decir la verdad, siempre simplificante y falsificante (la misma *Historia de la poesía colombiana* quizá constituye la última gran expresión de este método)— costumbre de postular generaciones, grupos y tendencias estéticas, y de jalar y torcer después los textos hasta que quepan dentro de un movimiento determinado, ya no funciona. Lo que queda es cierto asombro ante un conjunto de textos, cierta percepción de desamparo ante la falta de conceptos que ayuden a clasificar y diferenciar, y, eso sí, una voluntad inquebrantable por rescatar el lenguaje poético como una institución de sinceridad y de búsqueda en los tiempos de crisis.

Sin embargo, este diagnóstico no es nuevo, ni mucho menos. Las antologías poéticas siempre se encontraron en la encrucijada de tener que mediar entre los poetas, el público lector y la academia. Ellas constituyen primeras evaluaciones todavía inseguras, dictadas por una mezcla entre gustos personales, aceptación pública de los poetas y la necesidad de reunir lo logrado, antes de que los historiadores de la literatura tengan suficiente distancia y logren formular teorías, trazar líneas y obtener una terminología adecuada. Es posible que hoy por hoy, con los cambios de paradigmas por doquier, los investigadores tengan más dificultades y se demoren más, pero eso lo sabremos solamente en el futuro. Lo que tenemos y lo que nos proponemos comentar aquí, son cinco recopilaciones de poesía colombiana que no pueden distar más la una de la otra en sus objetivos y en su presentación. Como único denominador común los une el hecho de que incluyen poetas vivos —independiente de si la antología se restringe a este espectro o no— que determinarán el futuro de la poesía colombiana.

Procederemos, en nuestra reseña, con un criterio puramente formal: del libro más breve, corto y lacónico hasta la obra más extensa y ambiciosa. Luis Iván Bedoya se limita a doce poetas, treinta y seis páginas e invariablemente cinco poemas de cada autor. Ni una coma sobra en su selección. Incluso su prólogo se somete a la necesidad de condensar o comprimir, como si una antología tuviese que corresponderse a la esencia de su objeto: el poema como lo compactado (*Gedicht*, en alemán), donde solamente el lenguaje, el puro lenguaje, el lenguaje desnudo, se da a conocer. En dos páginas densas, su introducción usa solamente tres verbos, para así convertirse en una gran metáfora del ser de la poesía: “El poema ‘esfera de las palabras’. El poema fragmento de sueños y realidades” (2). Habla aquí, por ende, el poeta Bedoya y no el profesor universitario. Y así, tampoco explica la selección. Solamente tenemos los poemas y la breve sección “Biobibliografías” (35-36). De ahí podemos sacar

las informaciones básicas: los autores nacieron entre 1944 y 1960; dos mujeres, diez hombres; provenientes de toda Colombia, con una ligera prevalencia de antioqueños; el primer libro de poesía publicado en 1972, el último en 1999; poetas productivos —ninguno con menos de tres poemarios— y consagrados, pero no las grandes estrellas del cielo poético colombiano. Los nombres: Harold Alvarado Tenorio, Luis Iván Bedoya, Rómulo Bustos Aguirre, Ómar Castillo, Jorge García Usta, Raúl Henao, Rafael Patiño, Edmundo Perry, Helí Ramírez, Álvaro Rodríguez, Teresa Sevillano y Anabel Torres. Una antología personal, quizá polémica, pero seguramente importante.

De doce tenemos que saltar a ciento sesenta poetas, de treinta y seis páginas a trescientas sesenta, y de la abstención de comentarios a un subtítulo diciente: “Nuevas Voces de fin de Siglo”: dos veces con mayúscula. Juan Revelo Revelo explica cómo, después de veinte años en el exterior, volvió a encontrarse con la cultura de la poesía en su país, cómo propuso una convocatoria a setecientos poetas, cómo quinientos veinte respondieron, cómo se seleccionaron de ellos ciento sesenta de todas las regiones. Y he ahí el tercer criterio después de lo nuevo hacia el final del siglo XX: la intención de demostrar que a lo largo y ancho del territorio colombiano se escribe poesía. Por eso, los poetas, tanto en la parte antológica como en las notas biográficas, no llevan fecha de nacimiento como criterio de identificación, sino la provincia o la ciudad de origen. Hay, entonces, la voluntad de salirse de los moldes de la clasificación por generaciones, pero se cae de inmediato en la trampa del otro extremo: el regreso a la sobrevaloración del regionalismo. Quizá, pero esa es mera sospecha, la falta de la indicación de las edades de los autores también quiera camuflar un poco un problema de la antología: si habla de “nuevas voces” y muestra en la portada un grupo de jóvenes que asisten a un recital del *Festival de Poesía* en Medellín, el libro hace surgir en el lector la impresión de que se trata de una antología de poetas jóvenes. Una breve revisión nos demuestra, sin embargo, que hay entre ellos personalidades de la vida literaria ya maduros y experimentados —un Luis Iván Bedoya o un Carlos Vásquez-Zawadzki seguramente no se entienden como novatos—, un gran número de ganadores de premios Colcultura —Piedad Bonnett y Óscar Torres, por ejemplo— y, en general, un amplio espectro de voces ya conocidas en medio de muchas otras realmente nuevas. Pero esas inconsistencias no le quitan a la selección de Revelo su principal objetivo: divulgar y dar a conocer obras poéticas que (todavía) no han logrado entrar al círculo de los poetas canónicos vivos. Por consiguiente, y aunque no lo diga explícitamente, una meta de *Poesía colombiana. Nuevas Voces de fin de Si-*

glo también consiste en criticar y cuestionar los procesos de canonización de la poesía colombiana.

Esta afirmación nos obliga a cambiar ligeramente el orden previsto —solamente se trata de una diferencia de cincuenta páginas— y anteponer *Inventario a contraluz*. En 1997, Federico Díaz-Granados había publicado ya la segunda parte de esta antología, dedicada a los poetas nacidos en los años setenta. En su nueva recopilación amplía este espectro a los nacidos en los años sesenta (primera parte), para llegar a un número total de cuarenta y tres autores entre los veinte y los cuarenta años. No solamente la poesía que presenta es nueva, también el que la selecciona lo es. Cuando dio a conocer la primera selección de sus coetáneos, hace cuatro años, tenía apenas veintitrés años, destacándose seguramente como uno de los antologistas más jóvenes en la historia de la literatura colombiana (además, junto a la aquí presentada, Díaz-Granados editó otra antología de poesía mística-religiosa en el mundo hispano y en Colombia: *Poemas a Dios*, Planeta, 2001). En su prólogo, Díaz-Granados se atreve a ubicar la poesía más reciente del país en el contexto de la tradición. Tres tesis podemos destilar de la introducción. Primero prefiere hablar, en términos estrictamente cronológicos, de promoción, porque “no se trata de una voluntad de grupo, generación, movimiento y corriente” (11). Sin embargo, también encuentra una característica común entre los novísimos autores: “no plantean una ruptura con sus antecesores, sino que por el contrario los asimilan y realizan una lectura crítica de sus obras” (10). O sea, la ruptura como valor en sí ya hace parte del pasado. Si, a pesar de los dos puntos enunciados, el prólogo se atreve a hablar de generaciones, entonces lo hace en plural, sospechando que existen grupos de poetas que se inclinan a seguir críticamente los caminos de uno de los poetas canónicos anteriores. Para ello, Díaz-Granados ofrece una larga lista de nombres, entre los cuales se destacan los que hoy tienen entre cuarenta y cinco y sesenta años, o sea, primordialmente integrantes de la promoción-generación sin nombre fijo (Quessep, Arango, Carranza, García Maffla, Roca, Cobo Borda, etc.).

Nos quedan dos antologías que no dudarían en admitir que su meta es establecer y justificar un canon. Hasta cierto punto, esa es precisamente una de las labores de un profesor universitario como James J. Alstrum. Su antología crítica de los poetas que comenzaron con su producción en los años setenta se entiende, a la par, como selección de textos y balance crítico desde el punto de vista de la investigación literaria. Por eso tenemos, además de la introducción de treinta páginas, un breve estudio de entre cuatro y diez páginas para cada autor,

con bibliografía primaria y secundaria. Para resumir brevemente: Alstrum selecciona como poetas de la generación nueva de la época estudiada a Arango, Restrepo, García Maffla, Roca, Alvarado Tenorio, Carranza, Jaramillo Agudelo y Cobo Borda, subrayando, con su inclusión, la importancia de los antecesores Quessep, Rivero y Jaramillo Escobar. De hecho, el colombiano norteamericano ve en la poesía de los años setenta la confluencia de, principalmente, el Nadaísmo y de Mito, que se habrían aglutinado y cristalizado alrededor de la revista *Golpe de Dados*, con la especial influencia del mexicano José Emilio Pacheco. Alstrum no critica realmente el concepto de generación; solamente vacila en cuál de los nombres ya propuestos elegir: generación *sin nombre*, *desencantada*, *postnadaísta*, *de Golpe de Dados*, etc., para llegar a la conclusión de que “nos parece más sensato rebautizar este grupo de poetas como la *Generación desencantada de Golpe de Dados*” (51). La lista de características de los textos que le permiten hablar a Alstrum de una estética común de los autores, es larga y, además, en gran parte compartida con la poesía postvanguardista universal de la época: narratividad, prosa poética, autocrítica, parodia, ironización de la voz lírica, multiplicidad de voces, intertextualidad, incorporación de la tradición, el desencanto con la realidad circundante, etc. Resta la pregunta sobre cómo se vincularían los poetas que seleccionó Luis Iván Bedoya (los dos tienen en común solamente el nombre de Harold Alvarado Tenorio) y que también comenzaron a escribir en esta época, con los que Alstrum presenta como exponentes de la poesía colombiana de los años setenta. La discusión en Colombia sobre la utilización del concepto generación, tan estrechamente vinculado a la pregunta por el canon, apenas ha empezado; por eso no profundizaremos más en este aspecto.

Pero sí hay que hacer dos observaciones a la obra del crítico norteamericano. Su trabajo investigativo-antológico fue elaborado hacia finales de los años ochenta y preparado para la imprenta en 1991; una postdata de 1997 explica brevemente la demora de la publicación y, finalmente, en el año 2000 se terminó de imprimir el libro, sin una actualización de los datos bibliográficos. Mientras tanto, en 1991, Alstrum había publicado, en la *Historia de la poesía colombiana*, un artículo sobre la “Generación de Golpe de Dados”, donde rebautiza a los poetas con este nombre, sin el adjetivo “desencantada”. Tan complicada la situación, el lector realmente no sabe cuál es la última posición del autor y por qué ha cambiado su opinión; una breve nota hubiera bastado para aclarar la relación entre los textos de Alstrum. De esta observación se desprende la segunda pregunta. Si nos atenemos a la bibliografía utilizada en la antología, nos encontramos en la segunda mitad de los años ochenta, o sea, solamente unos

pocos años después de los fenómenos que se estudian (la poesía de los años setenta). Si hablamos arriba de un balance académico tenemos que especificar ahora que se trata de un primer acercamiento investigativo, donde la distancia temporal deja ver ya algunos rasgos, pero todavía no permite una visión amplia, como ocurre con una época definitivamente pasada y concluida. Prevalece, entonces, en la obra de Alstrum, todavía el aspecto antológico, si bien en el sentido de una antología crítica, sobre los aspectos meramente investigativos.

Sin aspiraciones teórico-investigativas se presenta la última de las antologías aquí seleccionadas: la gruesa y monumental *Antología de la poesía colombiana*. Como poeta y periodista emprendió Rogelio Echavarría su trabajo, y la meta era simplemente reunir en un tomo los mejores, los más famosos, los más célebres, los más conocidos, los más populares poemas del país en toda su historia (20). No hay lugar a dudas: Colombia necesita un compendio como éste, y no uno solo sino uno cada diez o veinte años. Colcultura y el Ministerio de Cultura hicieron bien en iniciar el proyecto y encargarlo a este ya experimentado antologista que se había destacado con, entre otras, la selección *Versos memorables* que llevaba el subtítulo polémico: *Las 100 más famosas poesías colombianas*. Para que haya discusión sobre la validez o no validez de definiciones, sobre la importancia o no de un autor o de una obra, se requiere de un monumento poético como éste que incluye, en casi setecientas páginas, unos trescientos poetas desde la Colonia hasta los bardos más recientes. Si hasta el momento no entramos en el debate sobre la inclusión o la exclusión de nombres específicos, tampoco lo vamos a hacer ahora. Más importante es estar consciente del tipo de libro que tenemos en la mano: una selección personal y criticable, con pretensiones verdaderamente altas que el mismo prólogo cuestiona y redimensiona como subyugadas a cambios constantes, con el sello editorial de la institución estatal y de una empresa privada; una antología, en suma, que en cierta forma sí quiere establecer el canon definitivo de la poesía colombiana, pero que bien sabe que jamás se alcanzará esa meta imposible y muy probablemente ni siquiera deseada. Como complemento necesario de la *Antología*, Echavarría publicó en 1998 el gran diccionario *Quién es quién en la poesía colombiana*, con cientos de notas bio-bibliográficas sobre autores conocidos y desconocidos, en algunos casos también con breves citas de la crítica.

El que también en esta obra renuncie explícitamente a las “técnicas bibliotecológicas”, para preferir un estilo de presentación más libre o periodístico (9), nos lleva a una observación crítica final que se dirige en mayor o menor grado a las cinco antologías reseñadas y, más allá de ellas, a un elemento cons-

tante en las antologías colombianas: la poca confiabilidad en cuanto a textos se refiere. Ninguno de los cinco antologistas se tomó la molestia de indicar o especificar las fuentes de los poemas; Alstrum es el único que por lo menos nombra el poemario del cual proviene un texto, pero tampoco anota ni la edición ni la página correspondiente. De esta manera, los poemas son sacados del contexto de las otras composiciones del libro original y el lector tiene grandes dificultades para encontrarlos y apreciarlos en este contexto específico, especialmente si el autor ya tiene una obra más amplia. En el transcurso del tiempo, aumentan los problemas: muchas veces, un autor reelabora sus poemas en nuevas ediciones de sus poemarios, sin que esto se mencione en las antologías, para no hablar de las erratas originales que se juntan con erratas de la antología e, incluso, con las de las antologías que toman los textos de antologías ya plagadas de errores. A eso se suma que en Colombia prácticamente no contamos con ediciones realmente críticas de obras poéticas —exceptuando unas pocas como la de Silva o *Tierra de promisión* de Rivera— que podrían servir de referencia obligatoria también de las antologías.

De esta manera no es de extrañar que una comparación solamente superficial de uno que otro poema que encontramos en dos o más de las antologías evaluadas, da como resultado que, por lo general, los poemas no coinciden completamente: comenzando por la tipografía de los epígrafes o sustituciones de comas por punto y comas, hay toda clase de divergencias, hasta llegar a diferencias en los acentos de palabras, en la escritura con mayúscula o minúscula de la primera palabra de un verso, en la distribución y con ello el número de los versos o, incluso, cambios del mismo título o de construcciones gramaticales de los poemas. Un error no es el problema; nadie, ni los mismos poetas son exentos de ellos. El verdadero problema es negarle al lector la posibilidad de revisar, no indicando la fuente, y la superposición de errores y su acumulación de generación en generación. Lo que hace falta en las antologías poéticas en Colombia es una cultura de responsabilidad para con los textos y los lectores. No exigimos aquí un gran aparato de crítica textual en cada antología, pero por lo menos un estándar mínimo de citación y una que otra nota sobre variantes del poema antologado.

P.D.: Cuando la revista salió a la imprenta, nos enteramos de la nueva antología preparada por Luis Iván Bedoya: *24 poetas colombianos* (Medellín: Hombre Nuevo, 2001). En ella reúne diez poemas de cada autor, para llegar a un número total de doscientos cuarenta. Los poetas, con una o dos excepciones, todos actualmente activos en su creación literaria, nacieron entre 1944 y 1967. La presentación del libro aclara: “No se insistirá en las notas distintivas

de cada uno de los poetas incluidos. Tampoco se propondrán los rasgos comunes que hay entre ellos más allá de la singularidad que todos poseen. No hay aquí pretensiones de movimientos o tendencias [...]. Son poemas como soplos leves de vida, los mejores y más entrañables palpitos, en medio de tan pesados días”. Esa es, entonces, la última selección de poetas colombianos contemporáneos: Gloria Posada, Jorge García Usta, Orlando Gallo, Ómar Castillo, William Ospina, Rómulo Bustos, Piedad Bonnett, Fernando Rendón, Santiago Mutis, Anabel Torres, Álvaro Rodríguez, Helí Ramírez, Juan Gustavo Cobo Borda, Luis Iván Bedoya, Rafael Patiño, Darío Jaramillo, Juan Manuel Roca, María Mercedes Carranza, Edmundo Perry, Harold Alvarado, Raúl Gómez Jattin, Teresa Sevillano, Armando Romero y Raúl Henao.

Hubert Pöppel
Universidad de Antioquia